



Humanismo latinoamericano: la cultura y el pensamiento crítico ante el fascismo contemporáneo

Módulo 1.
La importancia de la lectura y el libro en la lucha por la libertad

JUNIO 2023



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



casa de las américas



CONTENIDOS

Qué significa leer	5
La lectura como emancipación	7
Una nueva biblioteca	9
No le decimos al pueblo: cree; le decimos: lee	11
El lector común	13
Oralidad y nuevas tecnologías	16

OBJETIVOS DEL MÓDULO

Comprender el papel de la lectura y del libro en la manera en que percibimos el mundo y nos relacionamos con él, así como sus capacidades emancipadoras.

RESULTADOS DE APRENDIZAJE

- Adquirir conciencia sobre las potencialidades del libro y de la lectura como herramientas de transformación social, tanto en formatos tradicionales como digitales.

QUÉ SIGNIFICA LEER

Un tema como el que nos convoca supone preguntarse, en primera instancia, qué significa leer. Este elemental acto practicado cada día por cualquiera que posea las mínimas competencias necesarias para descifrar un texto escrito tiene implicaciones que desbordan, con mucho, ese gesto de comunicación básica. Leer los titulares de los periódicos expuestos a la vista de los transeúntes, algún instructivo, un cartel publicitario o los textos que se suceden en las pantallas de nuestros teléfonos celulares, ha convertido la lectura en un hecho tan cotidiano y en apariencia intrascendente, que no en balde parece sugerir que somos seres pasivos, suerte de recipientes destinados a ser llenados por avalanchas de mensajes. Pese a la acendrada creencia de que se lee cada vez menos, lo cierto es que nunca como hasta ahora habíamos sido asediados por tantos textos, por tanto “ruido” de letras como el que impone la sociedad contemporánea.

Y ese ruido induce lecturas. Decía Susan Sontag en su libro *Sobre la fotografía*, que no es cierto que una imagen valga más que mil palabras, como suele repetirse, puesto que los pies de fotos incitan a leerlas imágenes de una determinada –e interesada– manera. La multiplicada presencia de estas que nos imponen las nuevas tecnologías no escapan a esa ley. Consumimos cataratas de imágenes, pero lo que *leemos* en ellas es lo que se nos dice que debemos leer. No en balde suelen ir acompañadas de textos (orales o escritos) que nos las “explican”, que nos inclinan en un sentido o en otro. Vemos en ellas lo que se nos ordena ver.

La interrogante que se impone, por consiguiente, no es si leemos (puesto que la respuesta es afirmativa, sin duda alguna), sino qué y cómo lo hacemos. Por lo general se fomenta un tipo de lectura —digámoslo así— “inofensiva”, que contribuye a que aceptemos y demos por bueno el orden establecido. Es ese el modo más eficaz de inutilizar un arma tremendamente movilizadora. De ahí que los poderosos de este mundo gasten ingentes cantidades de energía y de recursos en medios de comunicación, en grandes empresas tecnológicas, en manipulación de algoritmos, con el propósito de imponer concepciones del mundo, de anular, silenciar o desacreditar lecturas alternativas.

LA LECTURA COMO EMANCIPACIÓN

Desde la Antigüedad, la literatura y sus diversos soportes han servido como estímulo a la inteligencia y al placer estético, como incitación al desarrollo personal y social, vía para entender el mundo que nos rodea y relacionarnos con los otros, como estímulo a la imaginación, a las capacidades cognitivas y al desarrollo del lenguaje. Pero, sobre todo, ha contribuido a abrirnos los ojos porque una y otros han servido como medios para difundir ideas, y también para cuestionarlas, han sido herramientas de resistencia y liberación que fomentan la reflexión crítica.

De hecho, gran parte de las ideas revolucionarias que han “conmovido al mundo” se han movilizadas a través de libros cuya lectura comenzó por sacudir las mentes antes de que los factores “objetivos” terminaran por provocar convulsiones sociales. No hubiera existido la Revolución francesa tal como la conocemos, por ejemplo, sin el trabajo previo de los grandes pensadores de la Ilustración y sin la *Enciclopedia*, que hizo más por derrocar el poder absoluto de la monarquía y de la Iglesia que el estampido de decenas de cañones. En la sala de lectura de la British Library se gestó intelectualmente y fue escrito uno de los libros más influyentes y agitadores de los dos últimos siglos: *El Capital*, de Carlos Marx. Y en las bibliotecas se fraguó en no poca medida la Revolución rusa. No hay utopía o revolución profunda y perdurable que no vaya acompañada, o incluso precedida, por el gesto de una lectura emancipadora.

Esa posibilidad subversiva de la lectura permite desafiar al sentido común dominante, generalmente conservador, para ir a contracorriente, en confrontación con los discursos hegemónicos. No es extraño en absoluto

que también desde la Antigüedad las fuerzas del conservadurismo y la reacción se hayan dado a la tarea de destruir y quemar bibliotecas. Aun de ese acto de barbarie puede sacarse una conclusión edificante: si queman libros es porque perciben en ellos su capacidad movilizadora y subversiva.

UNA NUEVA BIBLIOTECA

Todo proceso emancipatorio conlleva la edificación de una nueva *biblioteca*, es decir, de un nuevo catálogo de títulos que deben ser leídos, proyecto que suele ir acompañado de grandes empeños editoriales y de novedosas propuestas de lectura. Lo que se persigue es rehacer un canon que rescate autores y textos olvidados o castigados, armar una tradición que permita a la incipiente sociedad levantarse sobre nuevas bases. Se trata incluso de releer esa historia para hallar un nuevo sentido a nuestro lugar en el mundo. Es decir, más que ceñirse a proponer la escritura de libros desde una óptica inédita, tales procesos presuponen también actos de (re)lectura. Si la conquista de América tuvo el firme propósito de evitar la llegada de libros peligrosos al Nuevo Mundo (Irving A. Leonard ha estudiado el fenómeno de manera ejemplar en *Los libros del conquistador*), la emancipación se basa en lo contrario, en rescatar esas bibliotecas y todas aquellas obras que podían considerarse una amenaza al *statu quo*.

No es imprescindible, por cierto, una gran convulsión social —aunque sí voluntad de liberar las mentes— para que se propicien dichos rescates. Por ejemplo, en 1924, al cumplirse un siglo de la batalla que selló la independencia de casi toda Hispanoamérica, Rufino Blanco-Fombona fundó en Caracas una colección editorial denominada Biblioteca Ayacucho, nombre que fue retomado medio siglo más tarde para otra más abarcadora y rigurosa, dedicada a publicar lo mejor del pensamiento y la literatura de Nuestra América. Se trataba, sobre todo en el segundo caso, de un esfuerzo mayúsculo por reconocer y asentar lo más valioso de nuestro pasado intelectual, como modo indispensable de repensar(nos) y de ampliar la base sobre la que debe sustentarse un pensamiento liberador.

Coincidiendo con el empeño de Blanco-Fombona tuvo lugar en México un proyecto mucho más ambicioso e influyente en la América Latina: el impulsado por José Vasconcelos, consciente de que no hay revolución social profunda si no va acompañada por otra en el campo de la educación y la cultura. Vasconcelos promovió la fundación de bibliotecas, la impresión de millones de ejemplares de libros de texto, y ediciones de clásicos —que iban de Homero y Dante, a Cervantes y Goethe, entre muchísimos otros—, convencido, además, de que la verdadera emancipación no consistía en saber leer sino en la posibilidad de leer lo mejor del acervo cultural de la humanidad.

Pero aún más importante que ello, más notable que regar libros por la geografía de un país, fueron las campañas de alfabetización llevadas a cabo, la multiplicación de escuelas elementales y técnicas destinadas a la capacitación de obreros, la educación rural, etcétera. El proyecto liberador por definición es aquel que se centra en el ser humano, aquel que modifica no solo la lectura sino también al lector. Siguiendo un viejo dictum de Marx puede recordarse que el reto es no solo crear un nuevo objeto para el sujeto, sino también un nuevo sujeto para el objeto. Pese a lo polémico que puede haber sido Vasconcelos mismo, ese proyecto fue un modelo del que se nutrieron otros muchos en nuestro continente, con mayor o menor fortuna. Y en esa tradición se insertan también las campañas de fomento a la lectura que, aun hoy, se proponen expandir el número de lectores y facilitarles el acceso a la mejor literatura.

NO LE DECIMOS AL PUEBLO: CREE; LE DECIMOS: LEE

La Revolución cubana fue un caso paradigmático de proceso empeñado en crear nuevos lectores y en brindarles lo más valioso del saber acumulado a lo largo de la historia de la humanidad. De ahí que el mayor empeño cultural del país haya sido, en fecha tan temprana como 1961, una gran Campaña de Alfabetización que aboliera el analfabetismo y minimizara la ignorancia, pesadillas que se consideraban tan perniciosas como el propio imperialismo o la explotación. Al exaltar dicha Campaña, por cierto, se hace énfasis por lo general en lo que los alfabetizadores —muchos de ellos prácticamente niños— enseñaron a los campesinos, el saber que llevaron consigo, y se pasa por alto su propio proceso de aprendizaje.

Vale la pena recordar aquí a aquel *maestro ignorante* del que hablara Jacques Rancière, que se propuso enseñar lo que él mismo ignoraba y a proclamar la emancipación intelectual de sus alumnos. Frente a la idea del “maestro explicador”, el personaje de Rancière defendía la capacidad de aquellos para aprender a partir de su propio esfuerzo e inteligencia, bajo la premisa de que la instrucción es como la libertad: no se da, se toma. En cierto sentido, los jovencísimos alfabetizadores cubanos que fueron hasta el último rincón de la Isla eran como ese maestro “ignorante” que durante el proceso de aprendizaje de sus estudiantes aprendió tanto como ellos. Si los alfabetizadores enseñaron las primeras letras, recibieron de aquellos “analfabetos”, a cambio, lecciones que ampliaron para siempre su visión del mundo. Fue, en ese sentido, un proceso de liberación mutuo.

En abril de aquel año Cuba sufrió una previsible invasión armada auspiciada por el gobierno de los Estados Unidos. No parecía ser, por tanto,

un momento propicio para exaltar la amplitud de ideas y la confrontación entre ellas. Sin embargo, muy pocos días antes de la invasión, durante una comparecencia televisiva que cerraba un ciclo de la Universidad Popular, el primer ministro Fidel Castro expresó: “Nosotros no le decimos al pueblo: cree; le decimos: lee”. Esa frase se convirtió de inmediato en un precepto clave del entramado cultural del país y de sus instituciones, así como en una concepción fundamental que confiaba a la lectura y a la indagación a través del pensamiento —y no a la aceptación de recetas— la verdadera liberación del individuo.

EL LECTOR COMÚN

No es casual que muchos de los más importantes autores y libros de la historia literaria incluyan, como parte de su anécdota, la propia lectura. Tal vez el más afamado ejemplo sea el de Alonso Quijano, aquel personaje a quien las novelas de caballería hicieron creer que él mismo era el caballero andante Don Quijote de la Mancha. La novela de Cervantes está llena de personajes que leen (o escuchan leer), hasta llegar al extremo que los de la segunda parte de la novela conocen al hidalgo manchego y sus aventuras porque han leído la primera, publicada diez años antes. Si el clásico cervantino parece referirse a los efectos perniciosos de la lectura, en verdad alude a su capacidad para desatar la imaginación tanto como para subvertir la realidad que nos es dada. Precisamente por lo mucho que ha leído, don Quijote se resiste a aceptar el mundo tal cual, con todas sus injusticias y prejuicios. El “loco”, ese a quien los libros parecen haber trastornado, es el único capaz de ver lo que resulta invisible a los demás personajes.

Precisamente la novela y el personaje de Cervantes sirvieron de base a uno de los cuentos más conocidos de Jorge Luis Borges. Siendo él mismo un conservador, escribió una de las obras más revolucionarias que se han producido en lengua española, y en ella la literatura, los libros y la lectura tienen un papel con frecuencia protagónico. En “Pierre Menard, autor del Quijote” la lectura no aparece asociada con un acto pasivo sino con uno creativo, capaz de generar otras infinitas lecturas. Su protagonista, como se sabe, no intentaba copiar el *Quijote* sino reescribirlo; “no quería componer otro Quijote —lo cual es fácil— sino el *Quijote*. Inútil agregar que no encaró nunca una transcripción mecánica del original; no se

proponía copiarlo. Su admirable ambición era producir unas páginas que coincidieran —palabra por palabra y línea por línea— con las de Miguel de Cervantes”. A pesar de la ironía se comprende que en ese lector hay un potencial político que radica en otorgar nuevos sentidos a lo que se lee, en confirmar que incluso los clásicos merecen ser asediados, cuestionados y actualizados mediante el sencillo y subversivo acto de releerlos con sentido crítico. El cuento de Borges es, a la vez, un homenaje a Cervantes y una desafiante apelación a sus lectores.

Espacio de libertad en al menos dos sentidos del término, la lectura es —por un lado— un sitio en el cual los lectores se encuentran a solas con el texto, aunque se trate de una lectura compartida, y —por el otro— de la libertad que entraña su poder para generar interpretaciones. No es este, por supuesto, un privilegio exclusivo de grandes pensadores y escritores. En la serie de conferencias recogidas bajo el título *Invitación a la lectura*, la profesora Camila Henríquez Ureña citaba las palabras del poeta y crítico Samuel Johnson, de las que Virginia Woolf tomó el título de su libro de ensayo *The Common Reader*: “Me complazco en estar de acuerdo con el lector común, porque al sentido común de los lectores libres de la influencia de prejuicios literarios profesionales derivados de las sutilezas del refinamiento y del dogmatismo de la erudición, corresponde dictar la decisión final en materia de mérito literario”. Henríquez Ureña celebraba también a ese lector común que sin ser un crítico profesional ni un erudito era capaz de realizar una lectura eminentemente activa. Y recordaba lo que decía Francis Bacon: que se debe leer no para contradecir y refutar, ni para creer y aceptar, “sino para pensar y considerar”.

Un razonamiento similar aparece en un simpático y atinado texto titulado “Las categorías de la lectura”, donde Alfonso Reyes clasificaba a los lectores en cuatro tipos: el “sencillo pueblo”, el “lector de medio pelo”, el “semiculto” y el “bibliófilo”. Mordaz con el segundo y el tercero, condescendiente con el cuarto —y convencido de la paradoja de que con frecuencia el goce de leer disminuye a medida que se “asciende” de categoría—, únicamente muestra absoluta simpatía por esa persona humilde que lee con fruición, y que de la lectura solo conserva lo mejor porque permite que el libro entre en su vida. Y cerraba Reyes su elogio de ese tipo de lector afirmando que el mejor templo de lectura estaba en “esas fábricas de tabaco donde un hombre lee para cuarenta mientras los cuarenta trabajan”.

Ese elogio del lector común a costa del profesional puede ser discutible pero lo que vale la pena rescatar es la idea de que la opción de crecer con la lectura es un privilegio que corresponde a todas aquellas personas que se acerquen a un libro con sensibilidad e inteligencia.

ORALIDAD Y NUEVAS TECNOLOGÍAS

La reflexión de Reyes sobre los “templos de lectura” es útil para recordarnos que muchas veces al hablar de libros y lecturas olvidamos, injustamente, la literatura oral, que es, por cierto, no solo la forma más antigua de expresión literaria —muy anterior, desde luego, a su reproducción sobre cualquier soporte de escritura— sino también la preponderante o exclusiva para muchos de los pueblos que conforman nuestra América. Poner el acento en la letra, aunque cardinal, no puede implicar la borradura de todos los saberes y reflexiones transmitidos de manera oral, por pueblos enteros, de generación en generación. Y aunque muchos de esos saberes y reflexiones han sido transcritos, precisamente para ser difundidos también a través del medio dominante y consagrado, buena parte del territorio de la oralidad quedará, por definición, circunscrito a él. Si es más o menos sencillo detectar cómo tales libros e ideas, o cómo ciertas lecturas influyeron en ciertos procesos libertarios, más complicado —pero no por ello menos reales— detectar, por ejemplo, cómo los saberes ancestrales o las ideas transmitidas de forma oral han incitado y sustentado ideológicamente sublevaciones indígenas de ayer y de hoy.

Es obvio, por otra parte, que al hablar ahora de la lectura y el libro nos referimos a algo más que a las generadas o los producidos por y para el tradicional formato en papel. La aparición, creciente empleo y rápida difusión de las nuevas tecnologías digitales entrañan desafíos, entre los que se encuentra la necesidad de la alfabetización digital que permita al mayor número de personas (entre las cuales, además, suele existir una imponente brecha digital) acceder, gestionar y crear informaciones mediante esos me-

dios. Lejos de perder sentido, la necesidad de realizar lecturas críticas se potencia con el despliegue de las nuevas tecnologías. Hay, de hecho, una relación proporcional entre la expansión de estas y la imperiosa tarea de fomentar lecturas conscientes. La sobresaturación de información, la aparente libertad de elegir entre las más diversas opciones, la supuesta democratización de los espacios digitales, la seducción de la inmediatez y la participación masiva de personas reales y virtuales en esos espacios, obligan a entrenar más y mejor nuestras capacidades como lectores si queremos arrancarle a la red su potencial emancipador, si deseamos que ella sea un espacio en el que puedan concebirse y difundirse esas obras que resultan más demoledoras que el estampido de decenas de cañones.

LECTURAS RECOMENDADAS

Camila Henríquez Ureña en *Invitación a la lectura (notas sobre apreciación literaria)*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1975 (1964).

Vanda Ferreira dos Santos en *Lectura y libertad. Estrategias para el fomento de la lectura*. España: Revista *Educación y Biblioteca*, No. 130, 2002.

Camila Henríquez Ureña en *Invitación a la lectura (notas sobre apreciación literaria)*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1975 (1964).

Isabel Solé en *Estrategias de lectura*. Barcelona: Editorial Graó, 1998.



institutoideal_



InsitutoIdeal



InstitutoIDEAL1



Institutoideal.la



Instituto IDEAL



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

casa de las américas



centro cultural
de la cooperación
FLOREAL GORINI



IDEAL
Instituto para la Democracia Esby Alario

PATRIA